

Renata de Lorenzo y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.), *Las monarquías de la Europa meridional ante el desafío de la modernidad (siglos XIX y XX)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2020, 537 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.41.2021.1432-1439>

El proceso de reinención de la institución que en diferentes partes del continente europeo hubieron de emprender las monarquías para afrontar el desafío de la modernidad tras la convulsión que supuso la revolución francesa, las responsables de esta obra (Rosa Ana Gutiérrez Lloret y Renata De Lorenzo) han optado por emplazarlo en un marco transnacional llevando a cabo una confrontación constante entre la monarquía española y otras monarquías de la Europa del Sur, muy sensiblemente con la napolitana, que perduró hasta 1860. El peso de Italia en este diálogo viene subrayado por la importante presencia de investigadores transalpinos de un elevado nivel, aunque la obra acoge también aportaciones sobre Portugal (sin perder nunca de vista a Francia), y si bien está enfocada prioritariamente sobre el siglo XIX, prolonga el estudio de esta temática hasta la Gran Guerra.

La obra se estructura en varias secciones abriendo la primera – «Dinastías, diplomacia y política internacional»– un trabajo de Emilio La Parra en el que estudia la crisis de legitimidad suscitada en las monarquías de España y Nápoles a la hora de afrontar los cambios ocurridos en Europa después de 1789 y que abocó a la decadencia de las dos ramas borbónicas que ocupaban el trono y que, pese a que sus problemas tenían un origen común, no formarían un bloque compacto para afrontar los nuevos retos, sino que mantuvieron posiciones a menudo discrepantes en el tablero internacional –acentuadas por las intrigas de María Carolina de Nápoles– lo que no impidió una intensa colaboración en lo que respecta a los enlaces matrimoniales.

Renata De Lorenzo se centra en *l'affaire di Napoli*, suscitado por las pretensiones de Joaquín Murat de ser reconocido como rey legítimo de Nápoles en el Congreso de Viena para lo cual se le abrían algunas posibilidades por el cambio en el lenguaje de la legitimidad que apuntó ya en aquella asamblea.

Según la autora, la búsqueda de nuevas formas de legitimidad o de una realeza posrevolucionaria sería uno de los méritos de este rey *parvenu* que

supo conectar con nuevas percepciones presentes en la opinión pública que ya no se identificaba ni con el derecho divino ni con el absolutismo, una tesis, ciertamente, en la que Murat se movió con habilidad, fomentando entre sus súbditos un sentimiento nacional napolitano (más que italiano) en un Reino que sintió y quiso plasmar como el suyo, sustrayéndose a la tutela del sistema imperial. En todo caso, dejó una profunda huella hasta el punto de que sería recordado, incluso entre los borbónicos, como «nostro Gioacchino», a lo que contribuyó en no pequeña medida la leyenda tejida en torno a su muerte, en Pizzo, en 1815.

Damos un salto en el tiempo y nos situamos, gracias a la contribución de Teresa Nunes, en el Portugal de finales del siglo XIX por tratarse una coyuntura crítica para la monarquía portuguesa debido al Ultimátum del gobierno británico en 1890 (exigiendo la retirada de las fuerzas portuguesas situadas en los territorios entre Angola y Mozambique) que repercutió en la situación política interna, dando alas al republicanismo y a su propósito de impulsar un debate internacional sobre el régimen portugués, proponiendo una alianza o federación republicana con otras potencias de la Europa meridional (no se trataría, empero, de una reedición del iberismo). La activa prensa de este cariz político procuró explotar, además, en detrimento de la legitimidad de la monarquía *A festa de Espanha* como llamó al viaje del soberano, Carlos I, a España –por el derroche que supondría–, invitado por la Regente María Cristina a los eventos organizados con motivo del 4º centenario del Descubrimiento

La segunda sección titulada «El camino institucional» da comienzo con una aportación de Francisco Carantoña centrada en el Trienio Liberal y en un examen riguroso y muy bien documentado sobre la ubicación de la monarquía española de aquel tiempo dentro de los modelos que con fortuna desigual se ensayaron en la Europa posrevolucionaria; la constitucional, que fue la que se impuso, y la parlamentaria, que tuvo mucha menos suerte entonces pero que no dejó de abrir el camino hacia un sistema parlamentario (le parece muy significativa la presentación de una censura al Gobierno, en diciembre de 1821).

Marco Meriggi se ocupa del discurso anticonstitucional en el *Mezzogiorno* con posterioridad a 1848 bajo la forma de escritos al soberano («indirizzi») que el autor ha podido manejar y que a su juicio proporcionaron una formidable legitimación a un considerable contingente de militantes antiliberales de toda la escala social: desde los campesinos, que firman con una cruz, a un núcleo importante de notables lo que autoriza a hablar de una movilización de masas, quizás la experiencia de politización

más vasta y sistemática en el “largo” 48 italiano. Quedaba claro que los napolitanos pedían al rey volver a ser legalmente súbditos, pero lo hicieron actuando como ciudadanos.

Una nueva sección, titulada, «Conspiraciones y control» es abierta por el trabajo de Esther Collado Fernández centrado en dos complots moderados, urdidos contra Espartero desde el exilio francés tras el fracaso del pronunciamiento de octubre de 1841. Su investigación le ha permitido poner en claro que se crearon en París no una, sino dos órdenes secretas, un asunto del que se tenía una percepción errónea atribuyéndose tal actividad conspirativa a la Orden Militar Española, que en realidad es más tardía, ya que antes estuvo la Orden Española del Trono y de la Patria. Tan interesante como el esclarecimiento de estas conspiraciones cristinas es el análisis que la autora efectúa de la organización interna de ambas órdenes que acusan una mirada nostálgica al pasado (así, en el uso de pseudónimos de grandes figuras de la historia española).

Pierre-Marie Delpu se ocupa de los atentados populares contra los Borbones napolitanos en la etapa 1848-1856 y, más específicamente, sobre la continuidad y diversidad de las modalidades del regicidio, dentro del cuadro de prácticas de los protagonistas de las insurrecciones meridionales y en relación con los procesos de politización popular de las poblaciones italianas de la primera mitad del siglo XIX. Regicidio real o simbólico, ya que el autor está muy atento a la práctica de la iconoclastia, con una multiplicación de los atentados a las imágenes de la autoridad, en los lugares en que esta había quedado representada. A partir del verano de 1848, no obstante, se produce un deslizamiento de lo simbólico a lo real, con conspiraciones para matar al tirano o predicaciones que incitan a ello (así, los proyectos regicidas de Agesilao Milano).

Laura del Fiore atiende a las nuevas alternativas de configuración de la policía tras el retorno de Fernando IV al trono de Nápoles en 1815, en la idea de explorar el vínculo profundo entre dicho cuerpo y el poder político, enfocado a través del concepto de seguridad tal y como emerge de la documentación relativa al periodo que va del comienzo de la Restauración a la revolución de 1820-21. Por medio del examen de varios proyectos de reforma de dicho cuerpo, se subraya su proximidad a la esfera soberana y a la función política que la conferían un poder extraordinario, excepcional, que no podía ser objeto de restricción, al tiempo que colocaban a su titular en una posición privilegiada en la relación con el monarca. Se ocupa asimismo de la dimensión del secreto –la policía secreta estaba formada por

un ejército de *invisibles*— que siguió siendo una de las claves principales del control político en la etapa del Risorgimento.

«Crisis y guerras civiles», una nueva sección de esta obra, se inicia con una contribución de Lluís Ferran Toledano sobre el bandolerismo político a través de un paralelismo entre el *brigantaggio* de la Italia meridional y las guerrillas antiliberales catalanas, algunos de cuyos jefes, Josep Borges y Rafael Tristany lucharían en Nápoles a principio de los años 1860 defendiendo la causa de Fernando II. Esta vertiente lleva al autor a explorar qué imagen construyeron de los territorios italianos tanto el liberalismo como el carlismo españoles para lo que analiza diversas obras como las escritas por el progresista Víctor Balaguer y el publicista católico y zuavo pontificio José María Carulla que ofrecieron representaciones antagónicas sobre lo que se estaba jugando en Italia.

Carmine Pinto, por su lado, nos ofrece una reflexión de conjunto sobre el periodo 1792-1914 tomando como centro las monarquías borbónicas o, mejor, el espacio borbónico de origen hispánico, en el intento de comprender la aparición de un conjunto de Estados cuyo origen estaría en la crisis aquel espacio, en la caída de un poder tradicional y multisecular, centrado en la persona del rey y provisto de una dimensión imperial surgida en la Edad Moderna.

El autor destaca la serie ininterrumpida de conflictos civiles que marcaron a todos los países herederos de la corona de Carlos III hasta 1914 (más de 60 guerras civiles importantes), deviniendo el conflicto interno, la guerra civil, de una ferocidad extrema, el principal motor de desarrollo de los proyectos nacionales, en sustitución de las antiguas guerras imperiales.

Una nueva sección, «Imágenes y sentimientos» da comienzo con una colaboración de Rafael Fernández Sirvent sobre Alfonso XII como arquetipo masculino del rey-soldado para hacer más visible a la monarquía constitucional ante sus súbditos, todo ello en el marco de los procesos de nacionalización de la monarquía, de monarquización de la nación y de construcción de la masculinidad moderna, todo ello en un contexto bélico, puesto de manifiesto en el Sexenio democrático. De ahí la importancia para el imaginario colectivo, del *rey-soldado* como persona símbolo nacional.

Para el caso español se contó con los paradigmas del italiano Víctor Manuel II y del alemán Guillermo I, cuya asociación con la Guerra y con la patria —además de con la virilidad— se habían convertido en potentes factores de integración nacional que tuvieron muy en cuenta los promotores de la Restauración

Sergio Sánchez Collantes trata de los fenómenos de iconoclasia política que se pusieron casi de inmediato en marcha tras la Revolución de 1868, bajo la forma de destrucción de imágenes monárquicas, si bien los casos conocidos muestran que no se trató de algo generalizado, que hubo un comportamiento selectivo hacia lo simbólico y que no se dio una postura unánime entre los revolucionarios respecto de tales acciones.

El autor considera, a partir de los ejemplos analizados, que no hubo una *damnatio memoriae* ni una *abolitio nominis* tras la Revolución y que lo que sucedió con los cuadros o bustos de la exreina equivaldría más bien a un acto simbólico de desagravio que más que borrar al personaje lo que pretendía era un desquite metafórico.

Silvia Sonetti se ocupa de la construcción del mito del último rey napolitano, Francisco II, al que califica de «Rey de los vencidos» cuya figura mitificada –proceso que comenzó ya en 1861– se erigió en un punto de referencia imprescindible en torno al cual hilar la narración de los derrotados en el proceso de la unificación italiana. Todavía hoy este mártir de los vencidos es el símbolo del Anti-Risorgimento.

El saludo de despedida a su pueblo, ya derrotado, jugó un papel esencial en la construcción del mito en el que confluyeron abnegación, martirio, traición, sacrificio..., en otras palabras, los temas clásicos del discurso de los vencidos que en este caso se incorporaron a los estereotipos y temas de la Italia unificada, pero como contrapunto: así, frente al mito de Garibaldi, la epopeya de Francisco, escenificada en la Resistencia borbónica en Gaeta en 1861, tendió a sacralizar la derrota.

Los viajes de los monarcas proporcionan el motivo para una nueva sección que se abre con el capítulo firmado por Rosa Ana Gutiérrez Lloret en torno a los que protagonizó Isabel II entre 1858 y 1866 y que posibilitaron el cultivo de la dimensión simbólica volviendo visibles los ceremoniales y rituales que escenificaban los nuevos significados de la monarquía en la era del constitucionalismo.

Escenificación en la que estos viajes regioes –de cuya organización se lleva a cabo un escrupuloso análisis y para los que el ferrocarril fue capital–, facilitaron la apertura de nuevos planos de contacto entre la Reina y la familia real y los ciudadanos y que la institución se volviera popular, cobrando así una mayor solidez. Se trató en total de siete viajes el primero de los cuales (a Alicante y Valencia, de 1858) proporcionó el modelo para los que siguieron ensayándose un protocolo ceremonial en el que se potenciaron las representaciones simbólicas ligadas al catolicismo y al imaginario historicista de la monarquía española.

Catherine Brice abandona el mundo borbónico para colocarnos ante la monarquía de los Saboya por medio de un estudio de los viajes de los reyes Umberto I y Margarita entre 1878 y 1900. Dentro de una pluralidad de objetivos la autora trata de subrayar el peso de la monarquía y su imagen en la construcción del Estado-nación y en la búsqueda de referentes simbólicos capaces de catalizar el sentimiento nacionalista de los italianos.

Volver popular al nuevo rey (que subió al trono en 1878) fue el objetivo primero y constante de estos viajes, que tropezaron a menudo no obstante con peligros o con dificultades surgidas de rivalidades o celos entre localidades. Por otro lado, y aunque lo que se trataba de escenificar era el apego de las gentes, sería falso creer que la adhesión fue completa: la movilización de las multitudes podía experimentar giros inesperados y más que de apego hay que hablar de curiosidad por ver de cerca a los reyes, a veces para transmitirles una súplica, un *indirizzo*.

En muchas localidades, por otra parte, la visita regia se entendió como una reedición del proceso unificador, de los plebiscitos que entonces se organizaron y para ello se ponían en pie arcos de triunfo, arquitecturas efímeras, despliegue de banderas, a pesar de que las instrucciones de la Casa Real insistían en que los recibimientos fueran austeros.

Una nueva sección es la titulada: “Los Saboya entre Italia y España”, que da comienzo con un trabajo de Eduardo Higuera Castañeda centrado en lo que enfoca como «Itinerarios divergentes del progresismo español en 1871», cuando el país se hallaba por fin constituido tras el juramento del nuevo soberano, Amadeo I. En su opinión las divisiones que entonces afloraron dentro del progresismo, no cabría reducirlas a antagonismos personales (Sagasta frente a Ruiz Zorrilla), sino que expresaban posiciones contrapuestas sobre la naturaleza de la monarquía constitucional y sobre si era lícito o no, una vez aprobada la Carta Magna, discutir la forma de gobierno que se había instaurado. La libertad de debate, la autónoma iniciativa de los diputados para cuestionar incluso la persona del monarca o su dinastía se hallaban en juego. A juicio del autor se trató del momento más intenso en la disputa por la legítima representación del progresismo.

La parábola seguida por Amadeo de Saboya («de príncipe a rey, de rey a príncipe») es tratada por Pierangelo Gentile quien llama la atención sobre el olvido en que se halla el personaje como si se hubiera visto aplastado –en el caso de Italia– por la historia del país y de la dinastía. lo que justifica que nos brinde aquí su biografía que trata muy brevemente, por más conocida, de su etapa como rey de España.

Así, el autor subraya de la etapa anterior a su coronación como rey la fuerte impronta militar de su formación (fue herido en una acción de guerra en 1866) y su actividad viajera para hacer visible a la monarquía saboyana, tanto en Italia como en Europa. También, tras su vuelta a Turín en 1873 su aproximación ostensible a la Iglesia católica (lo que puso en dificultades a su gobierno), lamentando haber jurado en su tiempo como rey leyes anticlericales y hasta la propia Constitución de 1869 o el enlace tardío en 1888 (tras la muerte de su primera esposa) con una sobrina suya, que duró poco ya que Amadeo falleció solo dos años más tarde, A pesar de ser considerado entonces uno de los máximos artífices de la independencia italiana ello no le evitó el pasar al olvido.

El libro concluye con una última sección centrada en la neutralidad seguida durante la I Guerra Mundial (en Italia solo hasta mayo de 1915). El caso español, estudiado por Alicia Mira Abad es enfocado sobre la figura del Alfonso XIII en tanto que encarnación de una nación concebida en términos de remasculinización o de un «nacionalismo muscular» cuyo contrapunto sería una nación femenina, débil, cobarde y, debe subrayarse, neutral. Lo paradójico entonces era intentar construir una imagen de fortaleza, como trató de hacer el monarca, para superar la debilidad o cobardía asociadas a la neutralidad.

No obstante, y dada su querencia hacia los valores castrenses y la preeminencia de un discurso de la masculinidad ligado al belicismo, era complicado en el caso de Alfonso XIII, construir la figura de «rey neutral», salvo que la opción por la neutralidad fuera algo asumido consciente y autónomamente y que trascendería a una posición activa de mediador en el plano internacional y de «combatiente de la paz y el amor» en referencia a sus iniciativas humanitarias. Quedaba así a salvo la imagen de un monarca fuerte y viril que tomaba sus propias decisiones.

Riccardo Brizzi, por último, se ocupa de la neutralidad italiana y de la opinión pública internacional, por medio de un examen de la prensa. Los diez meses que transcurrieron entre la opción por la neutralidad y la entrada en la Guerra constituyen el periodo elegido. La decisión inicial, que fue anunciada por el gobierno Salandra, fue acogida con matices distintos por la opinión pública de los países beligerantes (más críticos por la prensa austriaca y, sobre todo, alemana, países que formaban, junto con Italia, la Triple Alianza y mucho más amistosa por los de la Entente) y del resto de países neutrales entre los que figuraba España, cuyo monarca hizo gestiones con Italia para tratar de sacar partido de la mutua neutralidad.

El autor finaliza su contribución llamando la atención sobre el ascenso innegable del papel político de la opinión pública y su capacidad de condicionar las decisiones del gobierno italiano y sobre la redefinición de la imagen internacional de Italia, vista por la prensa, a la luz de la evolución de los acontecimientos bélicos y, luego de las sucesivas negociaciones de paz. Al final, la percepción de Italia y de los italianos por la opinión extranjera no salió muy favorecida.

RAFAEL SERRANO GARCÍA

<https://orcid.org/0000-0002-5238-5606>

Instituto Universitario de Historia Simancas

rafael.serrano@uva.es